
16 años en la ruta del Rock'n'Roll

Ignacio Juliá

Independencia y obcecación han sido la tónica en los ya dieciseis años que han visto mensualmente -con entrega doble en verano- la publicación de *Ruta 66*, revista que nació en 1985 con un lema que no ha parpadeado en década y media: "tiempos de rock'n'-roll". Hay quien opina que debería cambiarse dada la evolución que desde entonces ha seguido la revista, paralela a la personal de sus co-directores y colaboradores, y el desarrollo en general del mundo de la música popular. Pero aquel espíritu fundacional permanece: se trataba de explicar que el rock no es sólo música -de ahí la inclusión de artículos de cine, literatura, cómic o subculturas desde los primeros números-, sino una actitud ante la vida. Y, lo más importante, dejamos claro desde el principio que no íbamos a bailar al ritmo de nadie. En *Ruta 66* sólo se escribía -y se escribe- sobre asuntos que nos apasionan, sean del pasado o el presente, reconocidos o ignotos, de nuestra ciudad o de cualquier remoto lugar donde un grupo ensaye los tres acordes básicos en un oscuro garage.

Más que revista con una programática propia, *Ruta 66* nació como posibilidad de autogestión para dos periodistas musicales, Jaime Gonzalo y el abajo firmante, que habían hecho su aprendizaje en la prensa especializada/marginal durante la segunda mitad de los 70 (*Vibraciones*, *Disco-Expres*, *Star*) y primeros 80 (*Rock Especial* y su vástago *Rock De Lux*), quemándose ante la presión publicitaria, la esclavitud de las mo-

La arriesgada oferta encontraba un público suficiente, miles de lectores que conectaban con la publicación sin importarles que estuviera impresa en blanco y negro.

das proyectadas desde Londres, Madrid o Los Angeles, y la falta de visión artística que entonces se respiraba en aquella última redacción. La situación laboral en *Rock De Lux*, motivada por una confusa línea editorial, el consecuente bajón de ventas y la huida de su "cerebro" Damian García Puig -a Grupo Zeta, con su nuevo proyecto, la amarillista/enrollada *Primera Línea*-, nos obligó a sentarnos ante un juez para aclarar nuestra situación laboral. Salimos rehabilitados de aquel lance, afianzando nuestro proyecto con la merecida indemnización. La idea de montar nuestra propia revista había surgido una tarde -que Jaime siempre recuerda de cielo encapotado-, al salir de una descorazonadora reunión en las oficinas de la avenida Infanta Carlota, mientras en un cruce de la barcelonesa Diagonal discutíamos la única opción que nos quedaba. Si a los tres meses, plazo necesario para que la distribuidora dictara sentencia con las ventas totales del primer número, la cosa no rulaba, nos dedicaríamos a otra cosa.

Aquellos primeros números de *Ruta 66* funcionaron, la arriesgada oferta encontraba un público suficiente, miles de lectores que conectaban con la publicación sin importarles que estuviera impresa en blanco y negro -salvo portada- y no tratara la música rock desde la comercialidad y las modas. Por nuestro propio carácter y gustos musicales, que muchos lectores ya conocían desde anteriores publicaciones, la línea editorial de los inicios cuidaba especialmente la recuperación de una historia, la de la música rock, que había llegado a España fragmentada, expoliada, mitificada. Era una crónica salpicada de bandas reivindicadas muchos años después de su desaparición, de figuras míticas analizadas a fondo y desde nuevos ángulos, de incursiones en terrenos colindantes como el cine serie B o la literatura pulp. También se hacía un claro servicio al rock underground contemporáneo tanto anglosajón como europeo o australiano y, por supuesto, a los grupos españoles. Y se cantaba a la "autenticidad" por encima del artificio que había predominado en los 80. Un buscado rigor, en aquellos primeros tiempos a menudo desbaratado por textos

ínfimos, que ha ido dando sus frutos a lo largo de estos dieciséis años en activo hasta llegar al nivel actual.

Lo que durante años fue reiterada acusación, la de dogmatismo fundamentalista, parece haber girado hacia un cierto consenso -incluso entre nuestros detractores- y ahora se reconoce que, desde nuestro individualismo, hicimos una labor necesaria. El tiempo nos ha dado la razón en muchas cosas, en gran medida gracias a que mantuvimos firme el rumbo mientras otras publicaciones se acogían a cada nueva moda para atraer así al público más joven. No ha sido ésta una preocupación para los que hacemos *Ruta 66*, siempre tuvimos lectores jóvenes, maduros e incluso cincuentones, algo nada extraño teniendo en cuenta que tratamos la música de los 50 y los 60 con la misma dedicación que la última patrulla punk o post. De la genial cerrazón de Ramones al neo-tradicionalismo de Gram Parsons, de la vanguardia más transgresora al pop británico más exquisito (Kinks, Small Faces, The Who), sin olvidar los fundamentos *fifties* y la raigambre de la mejor música negra (jazz, blues, soul); en las páginas de la revista se habló de todos aquellos sonidos surgidos del universo rock con algo que decir, directa o indirectamente, más allá de factores industriales o mediáticos. Dejando claro que el éxito comercial no era sinónimo de incidencia cultural a largo plazo y que, a finales del siglo XX, la influencia de grupos malditos como Stooges o Velvet Underground era tan crucial como la de Rolling Stones y Beatles.

A nivel editorial, *Ruta 66* favoreció los artículos extensos y en profundidad frente al texto-para-acompañar-las-fotos de otras publicaciones. Esta tendencia la apoyaba una maquetación sobria -o "fanzinerosamente" abarrocada- que nunca abandonó el blanco y negro por convicción, además de por razones presupuestarias. Nos educaba el ejemplo de los grandes críticos rock anglosajones de finales de los 60, capa-

El secreto de nuestro modesto logro, colmar las expectativas de miles de aficionados con nuestras mismas filias y fobias.

ces de ver más allá del fenómeno industrial que es el rock para intentar establecer conexiones con otros ámbitos en la cultura, la sociología, la historia, la filosofía. Es esta una dirección que hemos de seguir profundizando en el futuro, sin perder de vista nuestros orígenes, que fueron gamberros, irreverentes, jocosos y provocadores. Que dicha provocación se ha tornado discurso analítico lo rubrican últimamente secciones como Opinión Desautorizada -una suerte de camuflada editorial- o la página de Correo, donde se ha establecido un diálogo crítico entre colaboradores y lectores.

En los aspectos industriales y empresariales también hemos sido autogestionarios "por cojones". El secreto de nuestra supervivencia en el quiosco se debe tanto a la fidelidad de los lectores como a nuestra austeridad. Aquí no se ha utilizado un mensajero cuando valían las piernas propias, se ha trabajado en casa para evitar los gastos desproporcionados de una redacción, se ha negociado con papeleras, fotocomposiciones, imprentas y encuadernadoras económicamente asequibles, y sólo se toman taxis cuando, después de un concierto, ha cerrado el metro.

Esta prevención quizás haya impedido que creciera nuestra circulación, pero nos mantenemos holgadamente, que es lo que importa cuando se trata de informar y opinar por libre, lejos de las limitaciones ideológicas de los grandes medios. Superamos las diversas crisis que han aquejado al sector -el auge de internet, la proliferación de publicaciones gratuitas, las convoluciones de la industria discográfica- y seguimos acudiendo puntualmente al quiosco con una sustancia que, lo afirman algunos lectores, ninguna otra revista musical ofrece. A menudo se ha reconocido nuestra labor de investigación, descubriendo bandas y movidas que meses después afloran por todas partes. Ya hemos visto que la infraestructura fue siempre guerrillera. El diseñador en su estudio y nosotros cada uno ante su ordenador, conectados vía modem. Más una cuarta persona llevando temas administrativos y de publicidad, ambos aspectos cruciales en cualquier revista. La publicidad, que por sí sola man-

tiene a flote tantas publicaciones, nunca fue nuestra principal fuente de ingresos. Se diseñó desde un principio para que cubriera un cupo de nuestras necesidades y no más, lo que preservaría nuestra independencia de opinión. Además, se ha nutrido básicamente de pequeños anunciantes -sellos y distribuidoras independientes, tiendas especializadas y de coleccionismo, bares y clubs, etc.-, lo que ha redundado en información extra de cara al lector más que vacuos eslóganes multinacionales. Nunca jamás se ha vendido una portada -aunque ocasionalmente hubiera ofertas- o se han aceptado sobornos, práctica tan común en este negocio desde que la "payola" es moneda de curso legal. También de ello estamos orgullosos, y no por una cuestión de trasnochada ética, sino por simple pragmatismo individual.

¿Nuestros criterios? Podrían ser tachados de personalistas, si bien es verdad que sólo satisfaciéndose uno mismo primero se podrá satisfacer a los demás. He aquí tal vez el secreto de nuestro modesto logro, colmar las expectativas de miles de aficionados con nuestras mismas filias y fobias. En *Ruta 66* ha tenido cabida todo aquello que nos ha pasado por la cabeza a sus codirectores, sin otra consideración que encajar en un sumario apetecible a nuestros ojos por su abundancia informativa, rareza, opinión heterodoxa o simple entretenimiento. Una trama de colaboradores, cambiantes a lo largo de los años, que la militancia que-ma mucho, han ofrecido ideas y textos que contribuyeron a la necesaria pluralidad en un foro de este tipo. Nunca hubo mínimo denominador común en nuestras páginas, algo que empieza en la divergencia de intereses y estilos entre la bicéfala, y un tanto esquizoide, dirección de la revista. Hemos estado de acuerdo en lo básico -una música genuina y creativa, sin pretensiones de modernidad o comercialidad, finalmente trascendente al incidir profundamente en nuestras vidas- y a menudo hemos dis-

Ahora se reconoce que,
desde nuestro individualismo,
hicimos una labor necesaria.

crepado en todo lo demás. Pese a nuestros errores, miopía, humoradas y "cutrerío" -personalmente siempre he anhelado una mejor producción gráfica-, hay una cosa que ya nadie parece negarnos: carácter. En un mundo cultural cada vez más uniforme y domesticado, esto podría mantenernos con vida otros dieciséis años. Los lectores, que siempre tienen la última palabra, lo decidirán. Mientras, seguiremos entintando papel en la ruta del rock'n'roll.

I.J.